

MIERCOLES SANTO.

En este día propiamente comienza el gran luto de la Iglesia, porque en él fué cuando se reunieron los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, y los ancianos ó magistrados, para deliberar sobre los medios de verificar por fin la prision de Jesucristo, y en él quedó resuelta su muerte. Por esto, despues del Viernes santo, no hay otro que esté mas particularmente consagrado á la pasion de Jesucristo. El Miércoles santo fué cuando se dictó el decreto de muerte contra este divino Salvador, y el Viernes santo cuando se ejecutó esta cruel é injusta sentencia. Esto es lo que ha movido á la Iglesia (segun san Agustín y los demás santos padres) á establecer la estacion, ó sean ciertas oraciones, y el ayuno de los miércoles, como el de los viernes del año, cuyos dias han sido siempre mirados por los fieles como dias singularmente consagrados á los ejercicios de la penitencia.

Dos dias antes de la Pascua fué cuando los judíos tuvieron este consejo de iniquidad. Convínose en él que se tomarian medidas á propósito para apoderarse con seguridad y con maña de Jesucristo; que era preciso que esto se hiciese durante la noche, para que los que le seguian por el dia no estuviesen en disposicion de defenderle; y que no se haria durante la fiesta, no fuese que se suscitase alguna conmocion popular por este motivo. Pero sabiendo el Salvador que su hora habia llegado, hizo ver que él mismo era

el que disponia, así del tiempo como de la manera de su muerte; porque, habiéndose presentado el infeliz apóstata Judas para tratar con ellos sobre la entrega de su Maestro, les hizo mudar y adelantar sus resoluciones.

El introito de la misa de este dia está tomado del segundo capítulo de la carta de san Pablo á los Filipenses, en la que el santo apóstol, despues de haberles desenvuelto el gran misterio de las profundas humillaciones de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, les hace ver la gloria inmensa que ha seguido á estas asombrosas humillaciones; y que si este divino Salvador se ha humillado sin medida, ha sido á proporcion exaltado y glorificado. *Que á la invocacion del nombre de Jesus doble la rodilla todo lo que hay en el cielo, en la tierra, y en los infernos, porque el Señor ha sido obediente hasta morir, y morir en la cruz; y por esto, nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre; esto es, Jesucristo, Dios y hombre, está verdaderamente en el cielo, á la diestra de su Padre celestial, gozando de la gloria que le es debida como Dios, y de la que justamente se ha adquirido por sus tormentos como Dios y hombre. Escuchad, Señor, mi oracion, y lleguen hasta vos mis clamores.* Estas palabras están tomadas del profeta David, sumergido en la afliccion mas viva, y en este concepto figura de Jesucristo.

Como el sábado siguiente es dia de órdenes, la Iglesia, como se ha dicho en otra parte, lee siempre el miércoles que las precede dos epistolas en la misa. Las dos que ha elegido para este dia están tomadas del profeta Isaias. La primera anuncia la llegada del Salvador, pedido y esperado tanto tiempo habia, que

vene en fin á salvar á su pueblo, sacándole de una actividad tan larga y tan dura, de la cual era no mas que figura la de Babilonia.

Decid de parte del Señor á la hija de Sion, esto es, decid á Jerusalem, que, tomándose aquí por el pueblo que el Salvador venia á rescatar, significa por consiguiendo á todos los hombres; decidle que por fin se han concluido todos sus males, puesto que ha venido su Redentor, su Libertador, su Salvador, y va á concluir su grande obra, que es la redencion del género humano, cuyo cumplimiento y perfeccion es la recompensa de sus trabajos y de sus tormentos. En el nacimiento de Jesucristo, los ángeles enviados del cielo se contentaron con decir á los pastores, que les habia nacido un Salvador: mas aquí el profeta, mirando á este Salvador, no ya naciendo, sino muriendo; no comenzando á trabajar en la obra de nuestra redencion, sino consumiendo esta grande obra, nos le anuncia y nos le representa cargado con el fruto de sus trabajos, y llevando consigo la recompensa de sus penas y de sus tormentos, que es nuestra redencion. ¿Quién es el que viene de Edom, exclama por el profeta; quién es este conquistador que viene de Bosrá, con su ropa teñida en sangre, que encanta y que deslumbra con la belleza y el resplandor de sus vestidos, y que marcha con tanta majestad, intrepidez y fortaleza? Edom, esto es, la Idumea, está situada entre la Arabia Petrea y la Judea, de la que la ciudad de Bosrá era antiguamente la capital. Los Idumeos descendian de Saul; eran enemigos de los israelitas, y habiéndose juntado á los Caldeos en tiempo de Nabucodonosor, contribuyeron no poco á la toma de Jerusalem, y á la cautividad de los judíos

en Babilonia. El profeta nos representa al Salvador bajo de la persona de un conquistador que vuelve de la Idumea, cubierto todo de sangre, despues de haber triunfado de los enemigos de su pueblo. ¿Quién es, pues, este héroe, dice, todo cubierto de sangre, y cuya sangre da un esplendor tan grande á su triunfo? Soy yo, responde el mismo Salvador; soy yo, que he satisfecho plénamente á la justicia divina con mi sangre, y que he empleado todo mi poder y todas mis fuerzas para salvar á los hombres. ¿Y porqué está roja toda vuestra túnica? ¿y porqué vuestros vestidos se parecen á los de los que pisan la vendimia en el lagar? Esto consiste en que he sido solo para pisar la uva, sin que ninguno de todas las naciones del mundo me haya ayudado. El profeta hace siempre hablar al Salvador de los hombres en sentido alegórico y figurado. No ha habido patriarca, ni hombre tan santo y querido de Dios, que haya podido jamás quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, ni pisar como se pisa la uva al enemigo de la salud á quien el pecado habia hecho tan poderoso en el mundo. No ha habido mas que yo, ni podia haber otro que yo que pudiese destruirla. Yo solo he triunfado de todo el infierno con la fortaleza de mi brazo; no extrañeis, por tanto, si aun llevo sobre mis vestidos las señales de una victoria tan sangrienta. Hace mucho tiempo ya que yo meditaba su derrota; pero por fin ha llegado el tiempo de rescatar á mi pueblo. El combate ha sido violento, la victoria ha sido sangrienta; yo me he encontrado solo con un enemigo tan formidable, y no he esperado socorro de nadie. La fuerza sola de mi brazo es la que me ha salvado. A mi valor solo, á mi sangre, es á lo que yo debo mi victoria.

Parece que el profeta pasa en seguida de la victoria del Salvador sobre todo el infierno, á las gloriosas consecuencias y á los frutos maravillosos de esta señalada victoria. El demonio habia subyugado cuas toda la tierra. ¿Qué de templos sacrilegos levantados en su honor por los paganos, y qué número de ídolos infames en los mismos templos! La idolatría, extendida por toda la tierra, reinaba con imperio en todas partes: los reyes, los emperadores eran los mas zelosos defensores del paganismo. El Salvador, despues de haber vencido y desarmado el infierno, ha triunfado de todos sus partidarios; sus discípulos, sin armas, sin fuerzas, sin auxilios humanos, por sola la virtud de su nombre, han purgado toda la tierra de los ministros de la impiedad; su cruz ha triunfado de todos los pueblos idólatras. ¿Puedense olvidar, despues de esto, las misericordias infinitas de nuestro Dios? ¿y qué alabanzas, qué acciones de gracias no deben tributarse al Señor por tantas maravillas?

La segunda epístola de la misa de este día, tomada del capítulo 53 del profeta Isaías, mas parece una historia que una prediccion de la pasion de Jesucristo, y al leerla se creería oír mas bien un historiador sagrado que cuenta lo que ha sucedido, que un profeta que predice lo que debe suceder al Salvador del mundo. Comienza Isaías quejándose de la extraña incredulidad de los judíos y de su ceguera, no habiendo querido creer ni á su palabra ni á sus milagros. *¿Quién es, dice, el que ha dado fe á lo que se nos ha oído decir? ¿y á quién se ha dado á conocer el brazo del Señor?* El brazo del Señor indica aquí el poder divino que brillaba en los milagros de Jesucristo. Él es la palabra y el brazo del Señor, porque en él reside la sa-

biduría y la fortaleza; sin embargo, apenas ha encontrado en su propio pueblo mas que oídos sordos á su voz, y corazones endurecidos. Esto es lo que obligó al evangelista san Juan á decir que despues de tantos milagros como el Salvador habia hecho á su vista, *no creían en él*, á fin, añade, de que se cumpliese lo que habia dicho el profeta Isaías: No eran infieles los judíos en consecuencia de la prediccion de Isaías; su infidelidad voluntaria y obstinada está ya presente al Espíritu Santo que se la habia hecho predecir. Despues de este prelude, que tan exactamente conviene al retrato tan semejante que va á hacer de Jesucristo en su pasion, toca como de paso la verdadera causa del error de los judíos, que, habiéndose figurado siempre un Mesias rodeado del esplendor, de la grandeza y del poder de la tierra, han desconocido á Jesucristo en su abatimiento. Os engaÑais, les dice, representándoos al Salvador como un grande de la tierra, criado entre los honores del mundo, en la abundancia y en la brillantez; os engaÑais representándoosle como un alto cedro; *él se elevará delante del Señor como un arbolillo, y como un renuevo que sale de una tierra seca. Aparecerá á los ojos de los hombres sin belleza y sin lucimiento. Nosotros le hemos visto en el lastimoso estado en que vosotros le habeis puesto, y nos ha costado trabajo reconocerle, tan desfigurado estaba.* Este divino Salvador, el mas hermoso de los hijos de los hombres, *nos ha parecido un objeto espantoso, un hombre de dolores que sabe bien lo que es sufrir, en fin, el último de los hombres.* Cuanto mas lo hemos considerado, menos lo hemos conocido. *Su rostro estaba como escondido bajo de un monton de sangre, de cardenales, de salivas; causaba horror el*

verle, y apenas hemos podido persuadirnos que fuese el mismo. En medio del asombro profundo que nos ha causado un objeto tan sorprendente, hemos considerado de dónde podía venir esta deformidad y esta reunion de males sobre su persona adorable, y hemos reconocido que esto ha sido porque efectivamente *he tomado sobre sí nuestras flaquezas, y se ha cargado voluntariamente por nuestro amor con la pena debida á nuestros pecados, con nuestros dolores, y con todo lo que nosotros debíamos sufrir de la justa cólera de Dios su Padre. Él es en efecto, dice el apóstol san Pedro (1), el que sobre el leño de la cruz ha llevado nuestros pecados. Le hemos tenido, continúa el profeta, por un leproso, y como un hombre herido de la mano de Dios, y reducido á la humillacion mas profunda.* Hombres ingratos, reconoced aquí las obligaciones infinitas que habeis contraído con este divino Salvador, pues si ha sido traspasado de llagas, lo ha sido únicamente por nuestras iniquidades; si ha sido despedazado á golpes, ha sido porque se ha dignado tomar sobre sí la pena de nuestros pecados: él ha querido que el castigo que debíamos sufrir antes de ser reconciliados con su Padre, para despues obtener la paz, recayese sobre él. Asi que, por sus heridas y por la sangre que ha derramado, hemos sido nosotros curados de las llagas que el pecado habia abierto en nuestra alma. Comprended, hombres sujetos á tantas miserias; comprended á este Redentor de todos los mortales; nosotros, despues del pecado de nuestro primer padre, andábamos todos errantes como ovejas descarriadas; arrojados del paraiso terrestre, estábamos expuestos á todo género de penosos acciden-

(1) I. Petr. 2.

tes; lejos del redil, cada uno se habia desviado por seguir su propio camino, y cada uno hallaba en su camino mil peligros, y cuasi á cada paso un precipicio, efecto todo necesario de la ceguedad causada por el pecado. Este buen pastor ha resuelto dar la vida por todo el rebaño. El Señor le ha cargado, queriéndolo así él mismo, con la iniquidad de todos nosotros. Si ha sido ofrecido é inmolado á la justicia de su Padre, es porque él mismo lo ha llevado á bien; tampoco ha salido, por tanto, de su boca ni justificacion contra los falsos testimonios de que se le ha cargado, ni murmuracion, ni queja. Será llevado á la muerte cual oveja que es llevada á degollar sin que dé un balido; y cual un cordero que está mudo delante del que le trasquila, así tambien este cordero divino, que quita los pecados del mundo, será inmolado sin abrir la boca. En fin, él ha muerto en medio de los dolores, y á pesar de habersele reconocido inocente, no ha dejado de ser condenado á muerte contra toda justicia. No obstante todo esto, este hombre de dolores, y tratado como el último de los hombres, es nuestro Dios; porque ¿quién es el que podrá contar su generacion eterna? ¿quién es capaz de comprender el misterio inefable de su encarnacion? No os escandaliceis por los oprobios de que ha sido harto, ni aun por la ignominia de su muerte. Yo le he herido, dice el Señor, á causa de los pecados de su pueblo. Era menester para satisfacer plenamente á la justicia divina ofendida por el pecado, era menester una victima inocente y de un precio infinito; era preciso que un hombre que jamás hubiese podido pecar, sufriese en su persona la pena debida al pecado para restablecer á los hombres en la gracia, y esto es

lo que ha hecho este divino Salvador. Así es que por su muerte mereció la conversión de los impíos y de los ricos, esto es, de los mismos judíos que han cometido la impiedad de quitarle la vida, y de los gentiles que parecían los señores de la tierra. Por mas que fuese la inocencia misma, Dios ha querido oprimirle con los males. Comprended, pecadores, el mal tan grande que es el pecado, al ver con qué rigor trata Dios á su propio Hijo, solo por haberse cargado con la apariencia del pecado, sin tener consideracion á su inocencia. Por lo demás, su gloria corresponderá á sus humillaciones, y su triunfo al exceso de sus dolores. Y pues ha tenido á bien dar su vida por el pecado de los hombres, ¿qué dichosa y qué larga posteridad no verá? ¿qué de millones de mártires no darán su vida por la gloria de su nombre? No solamente subsistirá su Iglesia hasta el fin de los siglos, á pesar de todos los esfuerzos del infierno; él verá en el cielo por toda la eternidad en el número infinito de elegidos el fruto de lo que ha padecido; ¿cuántas gentes se justificarán por su doctrina! La multitud innumerable de santos, que han triunfado bajo de sus órdenes y por su gracia de todas las potestades del infierno, compondrán su corte en el cielo. A la invocacion sola de su nombre doblará la rodilla todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Y no habrá uno solo de sus siervos que no entre en su reino, cargado con los despojos de la muerte misma, á la cual ha vencido con la suya, y todo esto porque se ha entregado él mismo á la muerte y ha sido puesto en la clase de los malvados; hé aquí el fruto de su muerte. Por fin, concluye el profeta, no contento con haber tomado nuestros pecados sobre sí, ha llegado su

bondad hasta el extremo de rogar por los violadores de su ley, los cuales hallan siempre en él un fondo de misericordias infinitas, y pasando todavía su bondad mas allá de todos los limites, ha pedido tambien por los que le han quitado la vida. Mas de setecientos años antes de Jesucristo era cuando Isaías hacia su retrato con unos colores tan vivos. Un evangelista no hubiera hablado con mas claridad.

La historia de la pasion que se lee en la misa de este dia, ha sido escrita por san Lucas. No se dará aqui mas que un compendio de ella con las reflexiones que sugiere el asunto. Comienza por estas palabras: Acercábase la fiesta de los Ázimos, esto es, de los panes sin levadura, llamada Pascua. El miércoles, vispera del dia en que el Salvador celebró la Pascua por última vez, convino Judas con los judíos en entregarles á Jesucristo. Hase visto el modo con que aquel impío apóstata ejecutó su infame designio. Habiéndose los soldados apoderado de Jesus en el huerto de los Olivos, le ataron, y tratándole con la mayor ignominia, le condujeron en la misma noche á Jerusalem, con linternas y hachas encendidas, entre un ruido tumultuoso, que indicaba á todo el mundo que llevaban algun preso famoso. ¡Cuál fué la sorpresa, y cuáles los sentimientos de desprecio de todo el pueblo, cuando se vió que era Jesus, aquel gran Profeta, á quién se habia recibido, tres dias habia, en aquella misma ciudad como el Mesias, el que acababa de ser preso de orden de los sacerdotes y del magistrado como un insigne impostor! Esta ocurrencia impuso tanto en el momento los ánimos, que toda la veneracion se convirtió en indignacion, y en el instante vino á ser el divino Salvador el objeto de

la execración pública. Llevósele desde luego á casa de Anás, que era gran sacerdote; llamábase tambien Anapo, y tenia el primer rango entre los judíos; pero como Caifás, su yerno, era el que en aquel año desempeñaba las funciones del gran sacrificador, Anás le envió al Salvador para que le formase el proceso, y le condenase. Prevenido Caifás de que se le llevaba al que él aborrecia, y contra quien habia ya pronunciado el decreto de muerte en el consejo que se habia tenido algunos dias antes para proporcionar los medios de deshacerse de él, habia reunido en su casa los sacerdotes, los escribas y los ancianos, que se consumian por el ansia de verle á sus piés, y poder satisfacer sobre él sus zelos y su rabia. Entre tanto Pedro, avergonzado de haber abandonado tan cobardemente á su buen Maestro, le seguia á lo lejos. El temor le habia hecho huir, y el amor le habia hecho volver; pero este amor era todavia muy débil para hacerle declararse por discípulo suyo. ¡ Dios mio ! ¡ qué funestas consecuencias traen los miramientos mundanos á la piedad y á la religion; y cuánta verdad es que un temor irracional de pasar por discípulo de Jesucristo, tarde ó temprano hace infieles, y algunas veces tambien apóstatas !

Caifás para salvar las apariencias preguntó á Jesucristo acerca de su doctrina : respondióle el Salvador con su acostumbrada dulzura, que él habia predicado siempre en público, y que, si queria quedar perfectamente instruido de su doctrina, no tenia mas que preguntar á todos los que le habian oido. Una respuesta tan sabia y tan modesta merecia un aplauso universal; mas sin embargo le atrajo una insigné afrenta. Uno de los oficiales de justicia le descargó una gran bofetada :

era esto tratar como vil esclavo al Rey de los reyes; no obstante un tratamiento tan injusto se aprobó hasta el término de aplaudirse en toda la sala. Este ultraje fué uno de los mas sensibles que se hicieron á Jesucristo. Por esto el divino Salvador, que nada ansiaba mas que sufrir, no pudo sin embargo en esta ocasion dejar de dar á conocer lo sensible que le era. Temió no se creyese que habia faltado al respeto debido al pontífice del Señor, y esto fué lo que le movió á decir : Si he hablado mal, muéstrame en qué; pero si nada he dicho que sea contra el respeto, ¿ porqué me hieres de este modo? Algunos de la hez del pueblo, sobornados por los enemigos del Salvador, depusieron contra él; pero por mas que se valieron de todos los artificios para calumniarle, se contradecian tan visiblemente todos los falsos testimonios que producian, que jamás pudo hallarse cosa alguna que diese algun aire de verisimilitud, ó algun colorido á la calumnia. Solo la pasion, el furor y la injusticia eran las que podian condenar á Jesucristo.

Resolvió entonces el gran sacerdote preguntarle sobre un punto muy delicado, y al que se persuadió con fundamento que Jesus no podia dejar de responderle. Yo te conjuro, le dijo, por el Dios vivo, que nos digas ¿ si eres tú el Hijo único de Dios, el Mesias? Sí, respondiò el Salvador sin detenerse; yo soy el que tú dices. No necesitaba de pruebas esta respuesta; su vida, su doctrina y sus milagros la probaban suficientemente. Este oráculo tantas veces confirmado por el Eterno Padre, fué un decreto de muerte contra él en el ánimo del juez : *reo es de muerte*. Hé aquí, pues, al Santo de los santos, la inocencia misma, el Criador del universo y el Salvador de todos los hom-

bres condenado á muerte, por medio del mas enorme de todos los atentados, por el mas impío de todos los tribunales, y contra toda especie de derecho y de justicia. ¡Ay Señor, nosotros clamamos injusticia, venganza, al menor agravio que se nos hace, y el Hijo de Dios no dice palabra viéndose condenado á muerte por malvados é impios!

Determinada ya la muerte, retiróse cada uno, y el Salvador quedó todo el resto de la noche abandonado á la crueldad de los soldados, y á la insolencia de los sirvientes, que no solamente hicieron de él objeto de su diversion, sino que, mirándole como una víctima vil, destinada ya á la muerte, le trataron del modo mas bárbaro del mundo; los unos le escupian en el rostro, los otros le acosaban á puntapiés; estos le vendaban los ojos, y añadiendo la burla mas impía y mas injuriosa: Falso Mesías, le decian abofeteándole, adivina quién te hiere: en fin, todos iban á porfia á quien le cargaria mas de injurias, y le maltrataria mas con golpes.

¡O sabiduría eterna! ¡O poder sin límites! ¡O soberano Señor del universo, ante quien deben doblar la rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y de los infiernos! ¡Vos hecho el objeto de la insolencia de un monton de malvados, y el juguete de una canalla desenfrenada! Concibamos, si es posible, las injurias é ignominias que recayeron sobre Jesus, y lo que debió sufrir este Cordero divino el resto de la noche en medio de aquellas bestias feroces. Habiéndose juntado al amanecer los enemigos del Salvador, de quienes se componia el consejo de los judios, se determinó que para hacer á Jesus mas odioso aun á todo el pueblo era preciso hacer que fuese juzgado y

condenado á muerte por Pilato, que mandaba por los Romanos en Judea. Condújose el Salvador á aquel tribunal profano, las manos atadas á la espalda, cual si fuese un perverso, atravesando por Jerusalem cuyas calles estaban llenas de gente.

¡Qué espectáculo! Jesus con la cabeza desnuda, el rostro magullado con los golpes, las manos atadas, por en medio de una multitud de pueblo que le cargaba de imprecaciones; conducido al gobernador pagano, para recibir de él su último decreto de muerte; ante un juez extranjero que no conocia mas que de los delitos mas enormes. Pesemos todas estas circunstancias. ¡Ah, mi Dios! ¿Cuándo curarán nuestro orgullo vuestras humillaciones, y servirán de freno á nuestra ambicion? Muy justo seria que ellas nos hiciesen menos delicados en punto de honor, y mas humildes.

El juez pagano descubrió muy pronto la inocencia del pretendido criminal, y la verdadera causa del odio de los judios, y de su escandalosa injusticia. No habiendo podido la calumnia presentarle criminal en materia de religion, pretenden los judios hacerle pasar en este tribunal por criminal de estado; pero caducan luego todas sus acusaciones. Pilato reconoció y declaró públicamente su inocencia, y esto lo hizo sin duda para no verse obligado á juzgarle; y para ganarse un amigo á expensas del inocente, le envió á Herodes, tetrarca ó gobernador de Galilea. Herodes deseaba ya mucho tiempo habia ver á Jesus, pero solo por un motivo de curiosidad; así es que el Salvador no se dignó responder una sola palabra á todas sus vanas cuestiones, y todo concluyó por injurias y burlas mordaces, y el que era la sabi-